

TÍTULO: LOS SONIDOS DEL MUNDO PRIMIGENIOAUTOR: *Sebastian Fabricius*

Todos volvemos invariablemente a aquel instante mágico, la más sagrada de todas las epifanías, en que nuestra vida se dividió en dos: *antes y después de Wagner*.

¡Mirad!... Las ondas serpenteantes del caudaloso río, aquel Rhin padre de pueblos, resplandecen ahora iluminadas por el ígneo resplandor: privadas de su oro ya no brillan como antes, cuando el mundo era joven todavía y en el corazón del bosque reverdecía el sagrado fresno siempre en flor. Cuando una mano audaz lo mutiló para fabricar una lanza con una de sus ramas, el gran árbol comenzó a secarse; desde entonces las desgracias acechan a los dioses y el mal se propaga entre las razas de los hombres.

Ajenos a esa maldad, en lo alto de la roca yacen el welsungo y la valkiria, unidos en dulce y amoroso connubio. Las llamas los envuelven, acarician sus cabellos, dibujan en sus labios cómplices sonrisas: Brunilda ha perdido su divinidad, Sigfrido ha conocido el amor por vez primera. En su pecho late un corazón de héroe. El cachorro se ha convertido en hombre y ahora ansiará proezas dignas de su nombre. ¡Que sus hazañas lo lleven siempre por el recto camino del honor, que nunca mancille a una mujer, que su voluntad lo haga merecedor de todas las glorias del Valhala!

A su lado retoza la sobrehumana mujer que antes era la voluntad personificada del Señor de las batallas, la guerrera que otorgaba a los valientes la victoria y a los muertos conducía a un paraíso de lanzas y escudos. ¡Olvidada de sus armas, qué frágil parece ahora! Su palpitante desnudez se conmueve con cada abrazo del amante: ojos más claros, labios más ardientes, ni brazos más suaves y niveos, conoció el mundo. ¡Digno premio para el predestinado que, derribando la muralla de las llamas, fue capaz de liberarla del prolongado sueño y del oprobio!

Runas le ha enseñado la valkiria, pero el héroe no prestó atención: confía más en el filo de su espada que en la eficacia de la magia y los conjuros. Nothung es la prodigiosa arma que empuñó su padre, el valiente hijo del Lobo, y que Sigfrido, su heredero, conquistó. Será invencible con ella, a menos que el ataque sea traicionero: su hoja bebió la sangre de un dragón, su filo ha doblegado a un dios.

Pero, ¡Ay!, en la inocente mano del héroe brilla una joya con el más ominoso resplandor. Un enano la forjó con el oro que robó y, por vileza y rencor, maldijo a todo aquel que la posea, renunciando con todas sus fuerzas al amor. ¡Maldito sea este anillo!

¡Alzaos, ardientes y voraces llamas! ¡Acariciad la carne que pronto será vuestra, pero que ahora goza infinitamente de la juventud y del amor! ¡Avivad los corazones de pasión, que la sangre corra con fuerza por las venas para que engendre nueva vida o para ser valientemente derramada! ¡Dejad que los amantes se fundan en la noche del eterno originario olvido, hasta que los murmullos del bosque los despierten al fatigoso devenir de la existencia!

Mientras tanto, dejad que entre las sombras velen las tres Nornas, con su sabiduría y previsión. Sus ojos blanquecinos se pierden en la noche de los tiempos, sus miradas vislumbran lo que deparará el futuro. ¿Qué hacen en la oscuridad? Tejen el hilo del destino con sus arrugados dedos, graban las runas sobre la piel de los jóvenes amantes, recitan conjuros, entonan himnos que nadie más entre los vivos conoce. Las graves hermanas advierten, aunque nadie las escuche: ¡Dejad que canten, pronto callarán!

La noche es clara, sin nubes ni tormenta. Las estrellas titilan en sus solitarias órbitas, bellas como antorchas en la concavidad de un templo. Ellas no conocen el dolor, tan solo brillan. La

noche es clara, serena, no hay pesadumbre en su profundo seno; mientras el radiante astro no surja del Oriente, su reino durará. Pero hay otro que vigila. Es tuerto y tiene una vieja cicatriz en el costado. Desde lo alto de su trono su único ojo lo contempla todo, nada se le escapa, todo lo ve. Como emisarios suyos envía a los cuervos a recorrer el mundo en busca de alguna novedad. A sus pies están desparramadas las astillas de la vieja lanza que el lobezno con su espada audaz rompió. Derrotado por el hijo que él mismo ayudó a engendrar, a partir de ahora el dios será impotente...

¡Las valkirias esperan, Señor de la furia desatada! Empuñan sus lanzas las vírgenes guerreras, rugen los ágiles corceles con el feroz afán de la tormenta, y en sus blancas dentaduras se descubren las runas que con su mano grabó el dios de los ahorcados. ¡Congrega a los leales que han muerto pronunciando tu nombre en la batalla, Wotan! ¡Oh, Dios de la guerra, jefe de la horda salvaje, diles lo que tienen que hacer, que tus palabras serán obedecidas!

¿No escuchas el rumor que traen los vientos? ¡Son tus hermanas, Brunilda, que lloran, no por los muertos que sus corceles traen, sino por tu virginidad perdida! Pero ellas no saben lo que tú pronto sabrás: aunque reducida a la humillante condición de una mortal, llevarás contigo, junto con la maldición que esconde ese anillo, el fuego de la redención. Los guerreros más valientes que escogías en los campos de batalla, los héroes que atravesaban los umbrales del Valhala, apilarán los troncos de la pira que las llamas devorarán, hasta que la fortaleza construida con engaños véngase, abajo junto con la estirpe divina que la vio nacer.

¡Goza, Valkiria, del amor que hasta hace poco desconocías! Ya no queda nada por hacer. Sólo esperar el fin... Sigfrido, el inocente y puro, redimirá con su sangre la culpa de los dioses. Entonces, otra vez el oro volverá a arder, sereno y majestuoso en el lecho del río. ¡Oro del Rhin! ¡Oro resplandeciente y puro! ¡Noble estrella de las profundidades!

Richard Wagner contemplaba extasiado la grandiosa visión que se desplegaba milagrosa ante sus ojos. No eran hombres lo que veía, sino dioses, enanos y gigantes. Le parecía escuchar los sonidos de un mundo primigenio, y aquellas visiones de leyenda, más vivas que la realidad, se convertían en notas, melodías y cadencias que, incesantemente combinábanse entre sí, creando una música que se agigantaba en su cerebro hasta desgarrarlo por dentro. Era una revelación que lo obligaba a tomar la tinta sin tardanza y garabatear febrilmente sobre el pentagrama todo aquello que escuchaba. Richard Wagner ya no era un hombre, nunca más lo fue: desde entonces se había convertido en el Profeta de los sonidos, el Mesías de las artes, el Prometeo de la humanidad.

